

La vocación religiosa de los semitas nómadas

Lo que fue Grecia en cultura intelectual, lo que fue Roma en política, lo fueron los semitas nómadas en religión. Por la religión llegaron dentro del mundo a un destino excepcional aquellas honradas tribus de pastores de Siria. Las promesas hechas a Abraham sólo son míticas en la forma. Abraham, el antepasado ficticio de aquellos pueblos, fue, en realidad, el padre religioso de todos los pueblos.

El hombre debutó en la vida progresiva por la ignorancia total y el error en parte necesario. El hombre fue un loco durante millares de años después de haber sido un animal durante otros tantos. En el presente apenas ha dejado de ser un niño.

La astronomía primitiva, hecha según las apariencias, era sólo una

mallá de decepciones. Mediante un desarrollo científico a lo largo de siglos, el hombre ha llegado a descubrir los errores en que le hace caer el aspecto del cielo y especialmente el mayor error de todos: la inmovilidad de la Tierra. En el orden moral era aún más difícil descubrir la verdad y se conservan multitud de cerebros reacios a ella. El hombre comienza por poblar los espacios de fuerzas libres, apasionadas, capaces de atender invocaciones. Creó a su imagen un mundo divino y trató a los dioses como quería ser tratado él por sus inferiores. Un intercambio de servicios se entabló entre el hombre miedoso y los seres temibles que a su parecer le rodeaban.

Una experiencia constante, confirmada por la ciencia más exacta, nos ha demostrado que esta hipótesis primitiva de las causas particulares que viven en torno de nosotros es totalmente falsa. Por encima de la voluntad humana no se ha encontrado en la naturaleza ningún agente intencionado. La naturaleza es impenetrable. Sus leyes son ciegas. La oración no encuentra en ningún lugar ser alguno que la oiga. Ningún voto ha curado una enfermedad ni ha servido para dar una victoria. Pero para llegar a esta verdad (entrevista quizá por los sabios de Babilonia, y vislumbraba perfectamente por los filósofos griegos seis siglos antes de Jesucristo) se han necesitado los esfuerzos combinados de muchas generaciones de espíritus buenos.

¿Pero qué idea podían tener del viento unas gentes que no conocían la existencia del aire? La naturaleza del rayo no se ha conocido hasta hace cien años; ¿cómo era posible que el hombre primitivo viera en él otra cosa que el desbordamiento de un ser omnipotente que vivía en las nubes y en la cima de las montañas? El mar, las corrientes de agua, los manantiales, que aparecían con una especie de individualidad y actuaban como personas, a la fuerza habían de ser personificados. Todavía en nuestro lenguaje actual hablamos del mar irritado, del torrente colérico, del manantial benéfico, etcétera. El nacimiento, la enfermedad, la muerte, el delirio, la catalepsia, el sueño, los ensueños asombraban, y aún hoy es poco el número de personas que ven claramente que las causas de tales fenómenos parten de nuestro organismo. La marcha de las cosas humanas originaba juicios aún más falsos. Los accidentes, la suerte buena o mala, la circunstancia de tener hijos o no tenerlos, la riqueza, la victoria, el influjo, la autoridad se explicaban como favores otorgados al hombre por seres superiores, o como desgracias que más o menos podían impedirse.

El terror, el enloquecimiento, el vértigo, eran consecuencias de este sistema de la naturaleza totalmente equivocado. *Primus in orbe deos fecit timor* es una fórmula admirablemente verdadera. El hombre se creía rodeado de enemigos a quienes era necesario calmar. Un soplo inesperado, un ruido inexplicable, eran para él señales intencionadas. Como casi no estaban educados sus sentidos, era víctima de alucinaciones constantes. Un espiritismo exagerado le hacía admitir espíritus en todas partes, seres invisibles, sombras, que le asediaban y se confundían con los fenómenos subjetivos de su conciencia. Este tipo de vida se ve o se

veía hace algunos años en las islas Maldivas, por ejemplo. Los indígenas de estos pobres islotes oceánicos pasaban las noches encerrados en sus chozas, creyendo que el aire tenebroso estaba lleno de fantasmas maléficis, cuyo rumor creían oír. El temor a la oscuridad y, en general, los miedos irreflexivos, existentes todavía en ciertas razas, como por ejemplo, en Bretaña, son un pequeño resto de lo que en su origen fue un hecho importantísimo.

Como todos los pueblos antiguos, el semita nómada cree en sus orígenes, vivir entre lo sobrenatural. El mundo está rodeado, penetrado y gobernado por los *élohim*, millares de seres activos, equivalentes a los «espíritus» de los salvajes, vivos, translúcidos, inseparables en cierto modo unos de otros, sin nombres propios diferenciados, como los dioses arios, de tal modo, que pueden ser considerados en conjunto y confundidos. No es el plural *dii* el que prueba el politeísmo de la antigüedad griega y el moderno; son los nombres como Zeus, Hermes, etc. Un *eloh* no tiene nombre que le distinga de otro *eloh*; así es, que todos ellos reunidos actúan como un solo ser y el nombre *élohim* rige al verbo en singular. *Élohim* está en todas partes, su soplo es la vida universal. Todo vive por *Élohim*. Son los autores de que ocurra todo. Hacen nacer, fecundan el seno femenino, matan, se los oye en los ruidos desconocidos, inspiran el pánico. Los fenómenos atmosféricos son especial obra suya. El ruido del trueno es su voz, el relámpago es su luz; les pertenece todo lo grande y extraordinario.

De esto deriva un uso muy característico del monoteísmo semítico: la costumbre de designar simplemente a *Élohim* con el pronombre de la tercera persona. Entonces, se pronunciaba el pronombre con énfasis y acompañado de un ademán hacia el cielo. El nombre de Dios se convirtió en una especie de elemento gramatical de las lenguas semíticas, en el sujeto perpetuo (que no necesita ser expresado) de la oración. Los nombres propios conservaron huella de aquella piadosa costumbre. Había quien se llamaba Abihu «*ÉL* es mi padre», o Elihu «*ÉL* es mi Dios», o bien Abdo, «servidor de *ÉL*»; Davdo, «Favorito de *ÉL*»; Hanno, «la gracia de *ÉL*», nombres que apocopados se convirtieron en Abd u Obed, David, Harrar, etc.

El hombre, igual que la naturaleza, depende inmediatamente de *Élohim* o de los *élohims*. Todo lo bueno o malo que le ocurre, las catástrofes imprevistas, las muertes repentinas, vienen de lo alto. El cielo mata directamente al malo, y conserva el orden general del universo. Es cierto que este *Élohim* de identidad dudosa no es el Dios justo y moral de los profetas, pero puede llegar a serlo, mientras Vanura, Zeus, Diespiter, etc., nunca podrán ser personas honradas y acabarán por ser abandonados.

Sería una gran exageración atribuir a una antigüedad remota las creencias depuradas y claras del espiritualismo filosófico. La unidad de causas sólo era para aquellas conciencias confusas la indivisión de causas. Aclarando en lo posible el embrollo de ideas que se cruzaban en la psicología primitiva, descubrimos que la plegaria del hombre asustado

o consternado obedecía a dos teologías muy distintas. El ario en peligro se dirige al elemento que le amenaza o al Dios concreto que rige dicho elemento. En el mar invoca a Poseidón o a Neptuno; si está enfermo recurre a Asclepios; para la recolección, acude a Demeter o a Ceres. Los galos tenían casi tantos dioses menores, como especialidades médicas o veterinarias hay. Así llegó a ser enorme el número de dioses, y cada cual tenía su nombre, como una persona determinada. En cambio el semita invoca en todos los casos a un solo ser. Esté en el mar, o en la guerra, amenazado por una tormenta, o enfermo, en su oración se ruega al mismo dios. Un solo soberano se ocupa de todo. Éste tiene nombres distintos, según las tribus en una *El, Alom* o *Eloah*; en otra *Elion, Saddai, Baal, Adonai, Ram, Milik* o *Moloch*, pero todos estos nombres vienen a significar lo mismo. Son sinónimos, y todos significan el Señor, o el Altísimo, o el Todopoderoso; marcando cada uno de ellos una cualidad particular. Todos juntos se refieren a la misma individualidad, como los diversos nombres de Nuestra Señora del Carmen, de los Dolores o del Pilar, que dan a la Virgen los países católicos. Son palabras diferentes, pero no diferentes dioses. Se adora con esos títulos diversos al dueño supremo del mundo.

Tal noción de un Dios Supremo era realmente muy vaga y en nada se parecía a los símbolos fijos del judío y del musulmán. Las costumbres de teología escolástica que nos ha enseñado el catecismo no existían para cerebros ignorantes de todo lo que sea dogma. Los élohim, generalmente unidos, actuaban a veces aisladamente. Nunca eran enemigos unos de otros, pero como los ángeles del cristianismo, ejercían funciones diversas. Cada tribu, por ejemplo, tenía un dios protector, encargado de guardarla, dirigirla y darle buena suerte contra todos. Los Beni-Israel se aficionaron, como todas las tribus antiguas, a esta idea mezquina y convirtieron su dios, para que protegiera a la tribu elegida, en un dios injusto y envidioso. El dios de la tribu seguía al individuo fuera de ésta, y continuaba siendo su dios en el territorio de dioses extranjeros. Era algo parecido a la Fortuna personificada de las familias romanas; en efecto, se daba a aquellos dioses protectores el nombre de Gad (fortuna). Así se identificaba al dios con la tribu. Las victorias y derrotas, de ésta, eran las mismas para aquél. Vencido, sufría las injurias del vencedor. No había distinción entre su nombre y el de la tribu.

El dios de tribu se transformaba en un dios local que presidía una provincia, con su dominio determinado, y a veces con su santuario en lugar fijo donde era poderosísimo hasta el punto de que quien pasaba por sus tierras, tenía que prestarle homenaje, aunque sólo fuera por temor a represalias. Era expresión muy común entre los nómadas, en cierta época, decir el Sahu o el Moloch o el Baal de tal sitio, para designar el punto central del culto. No se usaba aún en el tiempo del que hablamos, pero se estaba en camino de ello. Jacob vio en sueños al «dios de Bethel». El lugar santo existía, por lo tanto, en la más remota antigüedad de los cultos semíticos.

Como consecuencia, reinaba cierto eclecticismo religioso, cuyo tipo

vemos en la bella inscripción encontrada en Teima (Arabia central). Salmsewab, su autor, no sólo estipula su derecho a hacer en país extranjero sacrificios a su dios personal, del cual es sacerdote y cuyo nombre entra en la composición del suyo, sino que quiere que los dioses de aquellos países extranjeros, cuyo poder reconoce, vean con agrado los sacrificios que ofrezca a su dios personal y los consideren como ofrecidos a ellos. Además, quiere que el lugar santo consagrado a su dios esté bajo la protección de los dioses de Teima. Instituye en tierra extraña el culto de su dios personal y forma, sobre lo que puede llamarse presupuesto de cultos del país en que está, un capital determinado (en palmeras) para el culto de su dios propio. Los dioses de Teima aceptan este compromiso, lo garantizan, y conceden su protección a Salmsewab. La misma ingenuidad muestra Jacob en Bethel, ofreciendo veneración y diezmos a Iahvé Jehová, si éste le protege en el viaje que va a realizar.

Esta clase de hechos abundaron cuando las tribus semitas nómadas compartían el culto entre los dioses de familia y los dioses provinciales, con jurisdicción territorial en cierto modo. Ruth la Moabita, al entrar en tierra israelita, adopta lisa y llanamente al dios de Israel, pero los jefes de familia y personajes importantes no se contentaban con esto, lo cual daba lugar a contratos bastante complicados. Quizás hubiera en Jerusalén, reinando Salomón, más de un convenio de este género. Tal vez en el templo de Salomón algunos tirios ofrecieran sacrificios a Baal, con la pretensión de que al mismo tiempo agradaran a Jehová.

Estas elecciones individuales, contrarias a la idea que han hecho prevalecer después los semitas con el judaísmo y el islamismo, no impedían que los élohim agrupados en *dii consentes* formaran un poder supremo, temido por todos. Todas las tribus admitían su poder. Se los temía, creyéndolos capaces de castigar crímenes de los que nada sabían los hombres, así es que el temor a los élohim, o a Élohim, evitaba muchas malas acciones. Todo lo veían, por todas partes andaban, y por lo tanto conocían y perseguían una serie de acciones que no estaban sujetas a la justicia humana. Constituían así una especie de tribunal secreto. Los accidentes que no eran para los hombres ruinas, enfermedades o muertes prematuras, se consideraban actos de justicia de los élohim. La palabra *yirea* (temor), que dejaba sospechar un mundo desconocido, era sinónimo de piedad. Un crimen cometido hacía vivir en un perpetuo miedo al criminal por lo que pudieran hacer con él los élohim. Temer a Dios era creer en la realidad del sentido moral; un hombre temeroso de Dios tiene conciencia.

A veces se llamaba a los élohim *Beni-Élohim*, «hijos de dioses, raza divina». Cuando se hizo de Élohim un dios único, y determinado, los Beni-Élohim fueron su séquito, una masa de ángeles, muy unidos a él, y que de vez en cuando le tributaban homenaje cortesano. Algunos tenían empleos personales como el de Satanás o Detractor, ocupado en criticar el Universo mientras los verdaderos hijos de Dios sólo ven sus armonías. Pero pasarían siglos antes de dar a este caos divino algún orden y alguna jerarquía.

Tal concepción, a la que nuestras fórmulas dan necesariamente una consistencia que no tenía, era muy superior a aquella que con razón se atribuye a los arios. Verdaderamente la teología semítica está muy lejos de la que la ciencia positiva ha hecho triunfar. Aunque la ciencia ha expulsado del mundo a los dioses especiales y locales, no es partidaria de la hipótesis de una sola Providencia, que participe en los pormenores de los hechos particulares de este Universo. Nunca se ha comprobado que un ser superior intervenga en los sucesos del orden físico o del moral. Pero esta simplicidad constituía, a lo menos al principio, un yugo menos pesado que el de la religión aria. Los semitas nómadas fueron seguramente, entre los pueblos antiguos que conocemos, los menos idólatras, los menos dados a la práctica de la brujería. La raza aria no demostró en religión la superioridad que más tarde demostraría en otros órdenes. En su infancia se nos muestra llena de terror. La absurda *tantra*, la fórmula omnipotente la obsesiona. Las manifestaciones diversas de la naturaleza son fuerzas que hay que conjurar. Solamente los griegos lograron corregirse de este defecto que también los había dominado al principio. Los latinos y los itálicos conservaron hasta nuestra Era la religión más puerilmente materialista. Los galos fueron siempre el pueblo más supersticioso. La terrible ferocidad de los escitas procedía en gran parte de su creencia exagerada en la supervivencia del individuo después de la muerte.

Las creencias en la espiritualidad del alma y en la inmortalidad, lejos de ser fruto de una reflexión consciente, son, en el fondo, un resto de los conceptos infantiles heredados de hombres incapaces de analizar seriamente sus propias ideas. Ya hemos dicho que el error fundamental del salvaje es el espiritismo, es decir, la opinión estúpidamente realista, que le hace suponer en toda cosa compleja un espíritu que le da unidad. Un árbol, una casa, un buque, tienen espíritu para ello. Es el principio de la forma opuesta a la materia, base de la filosofía griega y de toda filosofía, que, mal concebido por espíritus pobres, produce esas aberraciones.

Parece cierto que el ario primitivo fue mucho más espiritista que el semita primitivo. Personificó mucho más las unidades naturales. Dio alma a todo: separó en el hombre el alma y el cuerpo y admitió que aquella pudiera existir sin éste. El semita tuvo pronto teorías más realistas. Para él, lo que no respira no vive. La vida es el soplo de Dios esparcido por todas partes. Mientras está en la nariz del hombre, éste vive. Cuando el soplo vuelve a Dios, no queda más que un poco de tierra. La tendencia espiritista de las antigüedades tomaba su venganza con la creencia en los *refain*, sombras vanas de los muertos, que permanecen bajo tierra. Pero nada de todo esto constituía un principio fecundo de mitología ni de fábulas. Una especie de buen sentido precoz preservó a esta raza de las ilusiones en que otras familias humanas encontraron su grandeza o su destrucción.

En estos complicados hechos de los orígenes, es casi imposible distinguir lo que procede de los dones primitivos de la raza y lo añadido por las aventuras de la historia. Las causas del monoteísmo semítico no fueron

sencillas. Mayor parte correspondió a las costumbres de la vida nómada que a la sangre. Efectivamente, por una parte, pueblos que no son semíticos, pero que llevan una vida similar a la de los semitas nómadas, como los kirkuises y los pobladores actuales del alto Nilo Blanco, se parecen mucho a los antiguos patriarcas del desierto. Por otra parte, los himyaritas y los asirios de la segunda edad que (a lo menos por el lenguaje) son semitas, no tienen el carácter de puritanismo religioso que presentan los semitas nómadas. Es la vida de la tienda el factor principal de la selección de esta aristocracia religiosa que ha destruido el paganismo y convertido al mundo al monoteísmo. Las raíces de este gran hecho se hallan en el terreno más viejo de la Historia. La tienda del patriarca semita ha sido el punto de partida del progreso religioso de la humanidad.

Puede decirse del nómada que es el más religioso y el menos religioso de los hombres. Su fe es la más resistente; dos veces ha vencido ésta al mundo y, sin embargo, exteriormente se diría que su religión es una especie de *minimum*, una quintaesencia, un residuo, un conjunto de precauciones negativas. Hay poco culto en la vida del nómada. Un observador superficial tomaría al vagabundo altivo por un indiferente, casi por un incrédulo. Su género de vida hacía imposibles los templos y las estatuas. Sus costumbres caballerosas son aborrecidas por la superstición y por las prácticas bajas. Su reflexión filosófica, practicándose con intensidad en un círculo pequeño de observación, le lleva a ideas extraordinariamente sencillas y, como el progreso religioso se basa en simplificar, pronto se ve que el nómada es más religioso que otros pueblos superiores en civilización. El semita nómada es un protestante. Muchos de los pueblos que adoptaron el protestantismo en el siglo XVI no igualaban en cultura intelectual a la Italia católica del tiempo de León X. Sólo que les repugnaba la bajeza religiosa y este sentimiento bueno les resultó provechoso más adelante y fue considerado justo.